



«Dis is a frii contri»  
*Angosta*: una versión de la ciudad que  
habitamos

Luis Felipe Valencia Tamayo

Catedrático de Literatura de las universidades de Caldas y de Manizales  
Manizales-Colombia

[valenciatamayo@latinmail.com](mailto:valenciatamayo@latinmail.com)

---

Angosta es una ciudad como cualquiera y, en esta singularidad, es cualquiera de nuestras ciudades. En ella habitan no sólo las familias, los amigos y los amores de buena parte de la vida, sino también los temores y las esperanzas, los logros y fracasos diarios, los lenguajes perdidos y encontrados en el devenir de la vida y de la muerte, lo público y lo privado, lo bueno y lo malo. Aunque, como bien lo dice uno de sus personajes, Andrés Zuleta, «en Angosta uno siempre debe esperarse lo peor, porque casi siempre es lo que ocurre de veras». De esta forma, apenas se ojean detenidamente sus páginas, Angosta se presiente cercana y real; ella leva los secretos a voces que recorren tanto a las calles como a sus ciudadanos; ella expresa los dolores y las pasiones de los solitarios que se esconden para encontrarse.

Y para el encuentro, no hay mejor lugar que La Comedia, el particular hotel del Sektor T de Angosta, sitio que traspasado por el sonar de armas y atentados pasó de la holgura al abandono. Por sus habitaciones ya no pasan los que buscan negocios ni los artistas ni los que desean disfrutar unos días de recogimiento y vacación. En La Comedia viven distintos desolados de Angosta. Es posible encontrar cierto consuelo: compartir las soledades en un sitio que fue perdiendo las estrellas que hacían su fama es una saludable forma de reconocerlo. Nueve pisos de cercanos personajes que, estratificados a cada parada del ascensor, atrapan cuando apenas se los nombra. Un librero, que lleva mucho de Héctor Abad y se queda con un trozo de sus apellidos, Juan Jacobo Lince, refugia en su habitación los recuerdos, los abrazos y los desmedidos besos de las mujeres que, a falta de amar, se ha limitado a desear. Un profesor húngaro de matemáticas embelesado en la Conjetura del Sumando Directo, misógino y en contraste amante de mujeres virtuales que le ayudan a echarse una mano. Un peluquero, «el peluquero de la mafia», quien pasa sus días con un muchacho a quien presenta como su sobrino. Una prima hermana del hidalgo disoluto Gaspar Medina y, con ella, quien la cuida, su luz y sus oídos, Lucía. Ya recordamos al inapetente y memorioso viejo Gaspar y su bien puesta secretaria Cunegunda. También tenemos noticia de la vida de una bella joven que ha pasado sus días en la antigua profesión; y con esta bonita comparten el gallinero -el último y más descuidado de los pisos de La Comedia- un pintor, un lotero medio o un lotero que merma con los días, un par de concedores de libros y de autores que pasan el día en La Cuña, la librería de «libros leídos» de Juan Jacobo Lince; una desvencijada vieja, imagen administrativa del hotel, Carlina La Rota “Carlota”; un joven poeta a quien ya hemos citado en una de sus frases; una hermosa jovencita traída de la otra orilla de Angosta por el librero y sus impulsos, y para colmo de residentes una pareja a la que tan solo se oye discutir porque no sale de su cuarto.

Aquí apenas hemos citado los huéspedes y ya me faltan los anfitriones: el señor y la señora Rey, extraños propietarios del hotel que trajo pesares; los gemelos ascensoristas que confunden a todos los residentes, y el portero nocturno que llega a auxiliar a los que no llegan bien. El lector sabrá bien toparse con ellos en el camino a Angosta, aquí tan solo hemos querido recordar a los que allí esperan su visita. Ya en otras calles y en otros pisos de la ciudad que es símil, analogía y metáfora rastreamos los pasos y los encuentros de los habitantes del hotel, sobre todo los de Jacobo el librero, Andrés el poeta y Virginia, la joven de la orilla caliente y pobre de la ciudad dividida en tres.

Nos movemos en tres territorios distintos de Angosta, territorios en los que hasta la misma lengua, que antes era el mejor signo de unidad, cede a las fronteras. La tierra de “los dones”, Paradiso, en el Sektor F o Tierra Fría, es el lugar prohibido en el que, no bien baja la temperatura, aumenta el caudal de las riquezas y el aroma de los derroches; el inglés ya no admite aquí subtítulos y es la esperanza de contacto con otros mundos. Jacobo Lince recorre las arborizadas calles y las amplias avenidas del

Sector en el que viven su ex mujer y su veleidosa hija. Allí disfruta también las tardes de los martes con las clases de inglés que dicta a una bella amante, hija de un emblemático político. Mermando el frío, en el lugar en el que se sitúa La Comedia, “los segundones” viven con una esperanza no muy distinta de la de “los dones”, poder salir de su tierra, en este caso, pasar al Sektor F. Los trámites, el papeleo, que la firma, que el sello ya no son extraños para “los segundones” que anhelan una posibilidad de trabajo y de futuro entre “los dones”. De la Tierra media, el Sektor T, Jacobo recibe la constante y furtiva visita de una ambiciosa joven fotógrafa, novia de un reconocido hombre de la mafia. A su vez, ya donde el calor se deja sentir, en el Sektor C, los hombres viven con la angustia de notar que en cualquier momento las casas se pueden venir encima o con el temor de que en un soplo las balas atraviesen las húmedas calles y se lleven a malos y a buenos. Por aquí Jacobo conocerá a la sin par Virginia. Por aquí Jacobo sufrirá una extraña humillación que no sorprenderá a ninguno de “los tercerones”. No obstante, la sensación del humillado es pareja en toda Angosta. Los de abajo no se sorprenden porque no hay tiempo en días demasiado cortos para lograr conseguir algo; los de arriba no tienen tiempo para pequeñeces, si mucho para los detalles de la moda. Así, entre murallas, reales o imaginarias, vallas que previenen y limitan, crecen las ciudades que se separan, las soledades que se acallan, aumentan los dolores que se simulan y nace la indiferencia que todo lo permite.

De Sektor a Sektor los muertos van y vienen, las denuncias son todas susceptibles de desplome y desaparición. Y cuando se cree que la gran mayoría de resabios de otros tiempos ya son sólo un noble ejercicio arqueológico de la memoria, reaparecen hasta la tortura y la quema de libros. Me parece recordar bien a Quitapesares, aquel personaje que viene a ser el cúmulo de lecturas de Gaspar Medina en los *Asuntos de un hidalgo disoluto*, diciendo: «Los que queman libros, tarde o temprano, llegan a quemar seres humanos».

Por supuesto, tras *Angosta* no sólo se encuentran las observaciones de un tiempo *non sancto*, también se dejan al gustoso lector las insinuaciones de otros libros que la alimentan y la construyen. *Angosta*, en el tiempo, es hija de otras historias; las historias que Faciolince observa y transcribe, las que lee, retrae y vitaliza. En los muros que te vigilan, si bien hay realidad, también Orwell tiene su cuota. De «el Gran hermano te vigila», de 1984, al «siéntase vigilado» del Sektor F, en *Angosta*, no hay mucha distancia. La Policía del pensamiento comparte con la Secur de *Angosta* los mismo métodos aprehensivos. La muerte y la desaparición aparecen políticamente justificadas y, aún más, necesarias para el establecimiento del Estado.

Con Orwell se presiente también al ya infaltable Kafka y sus penetrantes historias. Y con una tradición literaria de la que podemos ser ahora herederos, en las páginas de *Angosta* se auscultan los interesantes nombres de Malraux, Koestler y el mismo Grass. Estos, y mucho otros a los que Héctor Abad Faciolince da el merecido reconocimiento, animan el caminar por *Angosta*. Si es del caso, las historias se complementan y replantean en el justo tono del homenaje, tal como sucede en el capítulo en el que los libreros de La Cuña, yendo a la compra de una biblioteca que perdió su dueño -a la sazón un crítico literario-, se enfrentan con títulos y autores de la literatura contemporánea y cual cura y barbero manchegos dan de cada autor su dictamen. Resulta este capítulo un certero ejemplo de comunicación narrativa ya que, según testimonia el mismo Faciolince, sus páginas tienen las colaboraciones de varios escritores y amigos.

Otro singular homenaje es el que se hace con los Siete sabios que conforman el no bien querido grupo de “dones” que deciden por la vida y por la muerte de los que pueden saber mucho. Lejos de ser como los Siete Sabios de la Antigua Grecia, aquel grupo se acerca más a los siete particulares y graciosos anarquistas que son los días de la semana de *El hombre que fue jueves* de G. K. Chesterton. El donoso escrutinio y

las reuniones de los que quieren acabar con el mundo son, así, apenas dos ejemplos de los encuentros que conforman a *Angosta*, ya cada lector notará el sabor de otras lecturas.

Nos faltaría tiempo y espacio para profundizar en estas relaciones; por ahora nos quedamos con la nueva versión de la denuncia que nos presenta Héctor Abad. A sus espaldas, ya sabemos, responsables de la palabra, diferentes autores de otras lenguas y de otra *Angosta* que, en últimas, ya viene a ser la misma para todos. De esta forma, se lee en el libro que han tenido en sus manos Jacobo Lince y la joven fotógrafa que le frecuenta: «Angosta no es un lugar amable. Más que el lugar de encuentro que suelen ser las ciudades, se ha convertido en la encrucijada del asesinato, el sitio del asalto, la vorágine de una vida peligrosa y muchas veces miserable e indigna. Quizá por eso sus poetas y pensadores más dignos, al escribir sobre ella, no han optado por el panegírico sino por la diatriba».

Ahora Angosta está en nuestra manos y hay momentos en los que fácilmente se puede pensar que, mientras se lee, como cuando Winston Syme leía el libro de Goldstein, en 1984, uno puede ser detenido y torturado, empujado al interior de una camioneta y arrojado al río. Sólo quedan la amistad, matizada por la caridad cristiana, y el sexo como formas de escapar. La libertad, si es alcanzada, queda en el lugar de la escritura; el sitio en el que, como el poeta Andrés, tengas la posibilidad de escribir sin códigos, sin el temor de que se burlen de ti en casa. Libertad de la palabra, aunque pocos te lean. Libertad también para que te dejen entrar, para que, como los pájaros, puedas anidar y ser reconocido como persona. «El atentado contra la libertad no es solamente que no te dejen salir -escribe Andrés Zuleta en su cuaderno-, sino que no te dejen entrar, como hacen los potentes de hoy, las dictaduras nacionalistas de hoy, herméticamente encerrados en sus castillos y fortalezas, donde gozan con todo el egoísmo de que son capaces, de sus enormes riquezas, sabiendo que a muchos nos bastarían las sobras del banquete para ser más felices».

El país del cual Angosta es capital, tristemente, ve morir a los que no callan y, peor aún, olvida rápidamente a los que alguien les adelantó la muerte. Desde el miedo, el dolor, el paroxismo y el olvido se comprende el sentido de Angosta, territorio en el que «las muertes de los unos sepultan las masacres de los otros, los secuestros sirven para que no se hable de los desaparecidos, y los desaparecidos a veces consiguen que desaparezcan los miles de secuestrados».

Faciolince, Héctor Abad: *Angosta*. Bogotá, Editorial Planeta / Biblioteca breve Seix Barral (374 pp.) 2004.

© Luis Felipe Valencia Tamayo 2006

*Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

